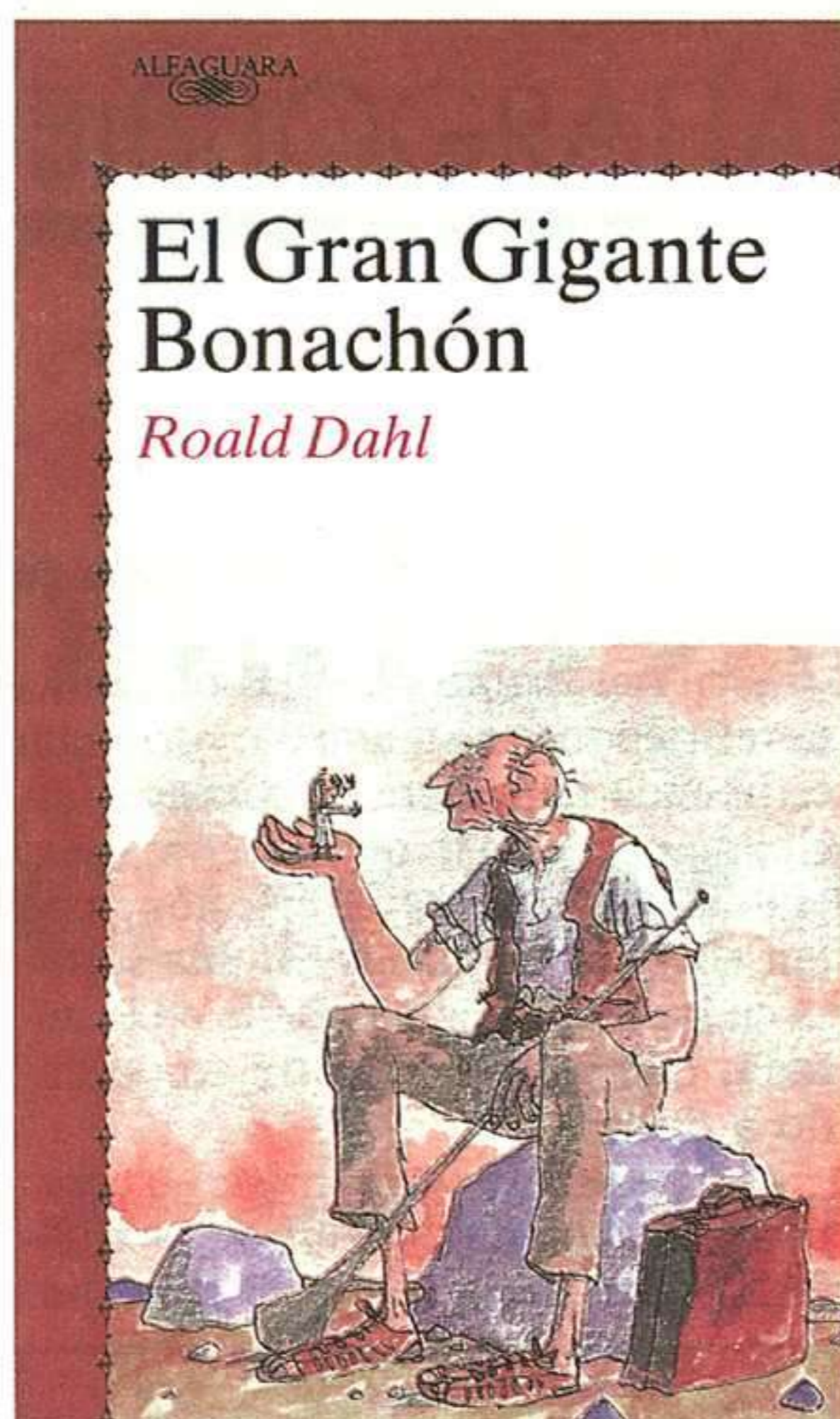


machismo en libros como *Matilda*: en el capítulo titulado «El hombre rubio platino», el señor Wormwood, padre de Matilda («siempre tenía que hacer sentir su presencia»), después de ufarse ante el espejo de su cabellera negra y de negarle a su hija la capacidad del cálculo mental simplemente por ser niña, parece como si dijera: «¡Soy yo, el gran hombre, el amo de la casa, el que gana el dinero y el que hace posible que los demás vivan tan bien!»; «¡Fijaos en mí y presentadme vuestros respetos!». Basta leer el libro para darnos idea de lo esperpéntico que resulta este personaje.



En realidad, *Matilda* (el libro más significativo del autor respecto a los «mensajes», del que dice su hija Tessa: «Es lo mejor del Roald Dahl íntimo; muestra lo mejor del auténtico Roald»),¹⁰ es una niña superdotada, circunstancia que aprovecha el autor para decirnos, con breves pinceladas, que lo que conviene para la educación de un genio no es precisamente la opinión de la ridícula directora: «Tengo por norma que todos los niños se agrupen por edades, sin reparar en sus aptitudes».

«No hay nada como unos tirones de orejas y unos pescozones para que

ANEXO 1

Boy (relatos de infancia)

Cuando volví a la clase tenía los ojos húmedos de lágrimas y todos me miraban. Al sentarme en mi pupitre sentí un vivo dolor en el trasero.

Aquella tarde, después de cenar, mis tres hermanas se bañaron antes que yo. Luego me tocó a mí, pero cuando iba a meterme en la bañera sentí una horrorizada exclamación de mi madre a mis espaldas.

—¿Eso qué es? —consiguió articular—. ¿Qué te ha pasado? —y me miraba el culo, atónita. Yo no me lo había visto hasta entonces, pero cuando giré la cabeza y alcancé a dar un vistazo a una de mis nalgas percibí las franjas encarnadas y las feas moraduras que se alargaban entre una y otra.

—¿Quién te lo ha hecho? —gritó mi madre—. ¡Dímelo en seguida!

A la postre tuve que contárselo todo, mientras mis tres hermanas (de nueve, seis y cuatro años) escuchaban la historia, alrededor, con sus camisones de dormir y los ojos desorbitados. Mi madre me

oyó hasta el final en silencio. No hizo preguntas. Simplemente me dejó hablar, y cuando acabé, dijo a nuestra niñera:

—Acuéstelos. Yo tengo que salir.

Si yo hubiera tenido la más mínima idea de lo que iba a hacer mi madre, habría intentado detenerla, pero nada sabía. Se fue derecha para abajo y se puso el sombrero. Luego salió de la casa, cruzó el jardín y se plantó en la calle. Yo la vi desde la ventana de mi dormitorio cuando trasponía la puerta de la verja y doblaba hacia la izquierda, y recuerdo haberle dado voces que volviera, que volviera, que volviera. Pero no me hizo caso. Andaba con paso muy vivo, alta la cabeza y erguido el cuerpo, y por el cariz que tomaban las cosas me figuré que al señor Coombes se le preparaba un mal rato.

Sobre una hora después mi madre volvió y subió a darnos las buenas noches con un beso a cada uno. Yo le dije:

—Preferiría que no hubieras hecho eso. Se van a reír de mí.

—En mi tierra no pegan así a los niños —dijo—. No lo voy a consentir.

—¿Qué te ha dicho el señor Coombes, mamá?

—Me ha dicho que soy extranjera y que no comprendía cómo funcionan los colegios británicos.

—¿Ha estado grosero contigo?

—De lo más grosero. Me ha dicho que si no me gustaban sus métodos podía sacarte de la escuela.

—¿Y qué le has contestado?

—Que así lo haría, en cuanto termine el curso. Esta vez te buscaré una escuela *inglesa* —me dijo—. Tu padre tenía razón. Las escuelas inglesas son las mejores del mundo.

—¿Eso quiere decir que estaré interno? —pregunté.

—Tendrá que ser así —dijo ella—. Todavía no estoy en condiciones de trasladarme con toda la familia a Inglaterra.

Conque seguí en la escuela de la Catedral de Llandaff hasta que acabó el curso por el verano.